

antiguo soldado del Imperio, quedó tan admirado de esta extraña aventura, que, al contarla, decía: «He »prometido á Dios no reirme jamás de esas historias »de apariciones y de ruidos nocturnos; y en cuanto al »señor Párroco de Ars, debo decir que le tengo por »un santo »

El lector habrá notado, sin duda, la coincidencia de los sucesos de la noche con la llegada súbita de un pecador que venía de bastante lejos para confesarse. Era cosa ordinaria, y había venido á ser un indicio casi infalible, que cuantas veces las astucias y luchas del demonio aumentaban en frecuencia ó intensidad, el Párroco de Ars preveía que la gracia le había de proporcionar bien pronto la conversión de algún gran pecador. Sus presentimientos se cumplían; de modo que, en lo sucesivo, lejos de turbarse con la recrudescencia de la cólera infernal, la acogía como signo precursor de las misericordias de Dios y de los consuelos reservados á su ministerio. Muchas veces, cuando se levantaba después de una cruel lucha y continuo insomnio, hallaba á la puerta algunos extranjeros que habían caminado toda la noche y le esperaban para confesarse.

El espíritu del mal variaba sus medios de ataque, y no se contentaba ya con golpear las puertas y turbar el reposo del señor Vianney con ruidos espantosos: cada vez inventaba modos nuevos que, aunque audaces, revelaban su debilidad. Se ocultaba muchas veces bajo la cama, y hasta bajo la misma cabecera, y toda la noche hacía resonar á su oído, ya agudos gritos, ya gemidos lúgubres, ora quejas tristes, ó débiles suspiros; otras veces le oía gemir ruidosamente, cual si fuese un hombre ocupado en trabajo

penoso, y otras resollar fuertemente, como un agonizante.

«El demonio es muy astuto—decía un día en el »Catecismo;—pero no es fuerte. Basta un signo de »cruz para ahuyentarlo: no hace aún tres días que »armaba sobre mi cabeza un ruido tan espantoso, »que se hubiera dicho que todos los coches de Lyon »rodaban á la vez sobre el pavimento de mi habita- »ción; y bastó la señal de la cruz para que desapare- »ciese. Y precisamente ayer noche vinieron tropas »de demonios que sacudían mi puerta, produciendo »un ruido infernal; hice la señal de la cruz, y todos »huyeron. Otra noche desperté sobresaltado, y me »sentí puesto en el aire fuera de mi cama; me armé »en seguida con la señal de la cruz, y el diablo des- »apareció.» Otra noche inventó el tomar la forma de un cojín muy suave y blando, en el que la cabeza del pobre Párroco se mecía voluptuosamente, como entre algodones muy finos, y al mismo tiempo salía de él un gemido muy lastimoso. En esta ocasión confesó que había tenido gran miedo, y le pareció que esa nueva especie de lazo ponía su alma en peligro; mas tan pronto como invocó el auxilio del cielo, desapareció la ilusión.

Habiendo sido llamado á Montmerle, le siguió el demonio á este nuevo teatro de su celo; y como debía allí hacer mucho fruto, el mal espíritu se preparó á su vez para hacerle el mayor mal posible, y al efecto le inquietó cuanto pudo y sin descanso. En la primera noche arrastró la cama continuamente alrededor de su habitación, de modo que no le fué posible pegar los ojos en toda la noche: y á la mañana siguiente se fué á la iglesia temprano, según su costumbre, y

halló el confesonario rodeado de gente; mas apenas entró en él, se sintió levantado y agitado, cual si fuese arrastrado en una débil barca sobre rápida corriente.

Cuando iba á San Trivier para predicar allí el Jubileo, salía á pie antes de amanecer y sin compañía. Caminaba rezando su rosario, y de repente vió que todo alrededor de él estaba lleno de siniestras luces; la atmósfera parecía de fuego, y las zarzas que hallaba al lado del camino estaban ardiendo. Era Satán que, previendo los felices frutos que el celoso Vianney iba á hacer en las almas, le seguía paso á paso, envuelto en el fluido ardiente que le devora, para asustarle y desalentarle. Él, sin embargo, continuaba su camino, no viendo en esas nuevas maniobras del infierno otra cosa que un presagio de las bendiciones de Dios sobre sus trabajos. En efecto, la misión de San Trivier se distinguió por los consoladores triunfos de la gracia.

Una de las más atrevidas invenciones del demonio, y la que más nos revela sus innobles instintos, es la historia del cuadro contra el cual se enfureció de una manera tan innoble como cobarde. Tenía el señor Párroco sobre su mesa un hermoso cuadro de la Santísima Virgen, al que profesaba devoción muy especial; y el demonio todos los días le cubría sacrilegamente de lodo y de basura. En vano se trabajaba para limpiarle, pues al día siguiente se hallaba más negro y manchado que el anterior. Esos cobardes ultrajes á la imagen de María se renovaron incessantemente, hasta que, renunciando el buen Párroco con pena á los dulces consuelos que le proporcionaba, tomó el partido de retirarla.

Si hubiéramos de referir toda la serie de combates y persecuciones, que duraron tanto como la vida de nuestro Santo, nos haríamos interminables. Había pocos asuntos de conversación sobre los que fuese más fecundo y ocurrente que sobre el relacionado con sus luchas con el diablo. No tenía dificultad en responder á cuantas preguntas se le hacian sobre este particular; y algunas veces él mismo espontáneamente narraba, en estilo familiar y alegre, sus más recientes aventuras con el *grapin*, nombre que daba al demonio.

«Señor Párroco, le decian sus misioneros: el demonio nos deja muy tranquilos. En vano vivimos cerca de vos, nada vemos y nada oímos; esto prueba que no merecemos la pena, ni valemos gran cosa.» — ¡Oh! respondía: eso consiste en que sois muy sabios. — ¿Y esos ruidos, señor Párroco, esas voces que oís en la noche, y toda esa gritería, ¿no os causa miedo? — ¡Oh, amigos míos, no! Sé bien quién es el *grapin*, y eso me basta. Como hace tiempo que combatimos juntos, nos conocemos; ya somos camaradas. Además, Dios nuestro Señor es mucho más bueno, que malo el diablo. Él me guarda, y lo que Dios guarda, está bien guardado.»

Durante la corta visita de una hora (después de medio día), en la que por muchos años hemos tenido la suerte de tratar al Párroco Vianney, y ver tan de cerca su santidad, ha dicho muchas veces á mis compañeros y á mí, y paréceme aún estar oyendo su débil y dulce voz: «Hoy el *grapin* ha venido á refregar y rascar á mi puerta; no me ha dejado dormir.» Otras veces: «Hoy el *grapin* estaba furioso; es buen signo. Soplaba como un buey;» y al decir esto, imi-

taba el señor Párroco la respiración fuerte y ruidosa del diablo.

Los ataques del espíritu maligno fueron menos vivos y continuos al fin de la vida del santo Párroco, y casi cesaron completamente en los últimos seis meses. Aun antes era ya menos terrible su malicia, y más tímidas sus arterias; eran como los últimos dardos de un enemigo que se retira desesperado de su victoria, ó como las voces confusas de un ejército derrotado, que se pierden y apagan á lo lejos. El príncipe de las tinieblas no venía ya apenas á importunarle por la noche; se contentaba con turbar el instante de reposo que el Párroco de Ars tomaba después de su comida, y que le era muy necesario. Ya le daba una cerrada á su puerta, remedando alternativamente el gruñido de un oso, el aullido de un lobo, y el ladrido de un perro; ó ya le llamaba con su voz ruda é insolente, diciéndole: «¡Vianney, Vianney! ¡Ven, ven!», dándole á entender que numerosos penitentes le esperaban.

Ocúrrase si Satán se apareció alguna vez, bajo la forma humana ó alguna otra visible, al santo Párroco para atormentarle. Sobre este particular no constan más que dos hechos, que son los siguientes: el venerable Vianney vió un día, á las tres de la mañana, un gran perro negro, que con ojos centellantes y el pelo erizado estaba arañando la tierra del cementerio; precisamente en una sepultura donde pocas semanas antes había sido enterrado un hombre muerto sin confesión. También ha contado que el diablo se le había aparecido bajo la forma de murciélagos, que llenaban su habitación y daban vueltas sin cesar alrededor de su cama; siendo tan grande su número,

que las paredes estaban enteramente negras, por estar cubiertas de ellos. Es posible que el lector nos haga la pregunta siguiente: Los ruidos de que nos habéis hablado, ¿han sido oídos sólo por el señor Párroco de Ars, ó hay hechos en que algunas otras personas hayan sido testigos inmediatos de esas manifestaciones sobrenaturales? Los hay, aunque no muchos, en verdad; pero, además de los que hemos indicado ya, son bastante notables los siguientes.

En el año de 1829, precisamente cuando el demonio estaba más enfurecido contra el buen Párroco, llega á Ars para hacer unos ejercicios con el hombre de Dios, un joven sacerdote de Lyon, hijo de la buena viuda de Ecully, de quien ya hemos hablado, y que tan excelentes servicios prestó al venerable Vianney. Grande fué la alegría y bondad con que el santo Párroco le recibió, y como tanto le había auxiliado y guiado la madre en los primeros pasos de la carrera literaria, quiso que se hospedase en su casa. El presbítero Bibost (éste era su nombre) asegura que todas las noches oyó al diablo. «Tenía, dice, una voz acre y salvaje, parecida al grito de una bestia feroz. Se aproximaba á las cortinas del señor Párroco, y las agitaba con violencia. Le llamaba por su nombre, y yo he oído distintamente estas palabras: «¡Vianney..! ¡Vianney...! ¿Qué haces ahí? ¡Vete...! Vete...!»

En el año de 1842 llegó á Ars cierto militar, agregado entonces á una brigada de nuestra gendarmería departamental. Este bravo militar se había levantado á media noche, y, unido á un grupo de piadosos fieles, esperaba á la puerta de la iglesia la llegada del señor Vianney. Como tardaba en venir, quiso es-

tar solo, y, á fin de vencer la tentación del sueño, se puso á pasear alrededor de la casa rectoral. Asaltado de tristes recuerdos, se dejó dominar por la tristeza, y sentía una vaga inquietud y un terror religioso de que él mismo no se daba cuenta. Llevábale hacia Dios el sentimiento religioso, pero vacilaba al recordar el confesonario: la verdad le atraía, y á la vez le inspiraba saludable temor. Hallábase preocupado por esas ideas, cuando súbitamente le sorprende un extraño ruido, que parecía salir de la ventana del presbiterio. Aplicó el oído, y oye una voz fuerte, bronca y estridente, que repite muchas veces estas palabras: «¡Vianney...! ¡Vianney...! ¡Ven! ¡Ven!» Este grito le hiela de terror y miedo, y se aleja de aquel sitio, dominado por una viva agitación. En este momento daba la una de la noche el reloj de la torre, y un poco después llegaba el santo Párroco con una linterna en la mano. Halló al buen militar fuertemente conmovido aún, le tranquilizó, le guió á la iglesia; y, antes de haberle preguntado ni oído una sola palabra de la historia de su vida, le sorprendió con éstas: «Amigo »mío, estáis triste; acabáis de perder á vuestra esposa de resultas de parto, mas tened confianza: Dios »vendrá en vuestro auxilio. Es necesario primero poner en orden vuestra conciencia, y luego se arreglarán más fácilmente vuestros negocios.» «No me »fue posible resistir, dice el gendarme; cai de rodillas »á sus pies como un niño, y comencé á confesarme. »Tan grande era mi turbación, que apenas podía »coordinar las ideas; pero el buen Párroco me ayudaba. Penetró bien pronto el fondo de mi alma, y »me reveló cosas de que no podía tener conocimiento »natural, lo que me causó grande admiración. Jamás

»hubiera creído que se pudiera leer así en los corazones.»

En la *Providencia*, según han dicho Catalina y las demás directoras de que hemos hablado ya, se oía de noche gran ruido y pasos en las escaleras, y aun en los dormitorios; se iba en seguida á ver si se descubría la causa de aquellos ruidos extraños, y nada se encontraba.

En 1857, hallándose un misionero despierto á media noche con motivo de estar padeciendo fuertes dolores, oyó grandes golpes dados contra la pared de su alcoba, y precisamente en un sitio en donde era imposible el acceso á toda persona humana. La religiosa que estaba encargada de cuidarlo, oyó los mismos golpes que él.

Entre los muchos que han hallado en Ars la paz de su alma, sabemos de dos desgraciados que la víspera del día en que la gracia quebrantó sus cadenas criminales, oyeron toda la noche ruidos espantosos y golpes violentos á la puerta y en la pared de la habitación donde tenían su última entrevista: el momento era grave y solemne, porque decidía de su eternidad.

Sería incompleto este estudio si no recordásemos que en diversas épocas llegaron á Ars muchas personas que daban señales más ó menos evidentes de posesión diabólica. Dos de esos infortunados, un hombre y una mujer, han sido conocidos de todos los habitantes de Ars; han hecho frecuentes visitas al santo Párroco, y casi siempre que se han arrodillado á sus pies, hallaron consuelo y fortaleza, no obstante ser su estado de los más extraordinarios. Sin pronunciarse de una manera clara, ni consentir, por razones fun-

dadas en prudencia, que se practicasen los exorcismos, Juan Bautista Vianney les trataba en el tribunal de la penitencia, al uno como poseso del cuerpo solamente, y á la otra como del cuerpo y del alma. En medio de crisis violentas, nosotros les hemos visto calmarse instantáneamente, sólo con la bendición y la palabra del santo sacerdote de Jesucristo.

Los hechos que acaba de repasar nuestra vista en su pavorosa realidad, no causarán admiración más que á los sistemáticamente extraños á la historia de la santidad en el mundo. Las leyendas del Breviario están llenas de tales hechos, y hay pocos monumentos hagiográficos que no ofrezcan también algún vestigio de ellos. La tradición de esos hechos jamás ha cesado en el mundo; más numerosos y extraordinarios en tiempos privilegiados, cuando la fe era más viva y la piedad más tierna, llegan á ser más raros y oscuros en nuestros días de debilidad y postración moral; pero nunca han desaparecido completamente. Tal vez haya quien nos acuse de haber faltado á las reglas del simple buen sentido al referirlos, y tendrían razón si se tratase de cosas comprendidas en el dominio del buen sentido; pero las que hemos expuesto se extienden más allá de sus límites. Siendo demasiado estrecho para comprenderlas, no puede exigir que se acomoden á su estrechez y se pongan á su alcance; él es quien debe extenderse y acomodarse á ellas, completando por la experiencia las leyes que se ha formado, y poniéndose así en estado de comprender lo que antes no comprendía; porque, negarlas simplemente, sería un procedimiento tan pueril como antifilosófico; sería preciso renunciar á toda verdad, y negar hasta nuestro propio testimonio.

Cuando la crítica se ha ocupado ya en esos hechos, y ha cumplido su deber discutiéndolos sinceramente, es necesario resignarse á aceptarlos tales como se presentan; y desde entonces, trátase sólo de saber cómo debe explicarlos la razón. En la explicación y aceptación de esos fenómenos no se trata de saber lo que ha debido ser, sino de lo que realmente ha sido. Si percepciones tan claras y frecuentes no son más que delirios, preciso es reconocer y confesar que la vida toda entera es un sueño. Por mucho que se haga y diga, siempre habrá muchas cosas que no podrán explicarse de otro modo que por la intervención de un poder sobrenatural. Y es forzoso reconocer que una de las mayores pruebas de la grandeza del hombre, es que el cielo y el infierno se disputen así su conquista, y le estimen tanto que, por causa de él, luchen formalmente.

